

POEMAS

Hay más suavidad en el vicio que en la virtud

Cioran

*A mi ciudad que tiene –me dicen–
tres mil años entre piedra y sueños,
regresa el domador de canguros,
el prestidigitador de Asia, descienden
los marineros de La Habana y Lisboa
de sus barcos en busca
de las suertes ordinarias que ofrecen
dulces mujeres con batas de pájaros
chinos, de mirada salada y vermicel
en las manos, a cambio del salario
y la piel de espuma,
el tango y la ginebra sirven
para acompañar el tacto y las criaturas
perfumadas al fondo del dormitorio
de luces rojas tiritando con flecos,
ofrendan un polvo por un sueño
de hormigas, arenas y manzanas.*

*Ellas se subrayan sus morros de cangrejo,
ellos se beben de un trago la larga
sed entre sus piernas y hablan poco,
algo como:
–No deberías llevar ese cuerpo.*

*Tantean como los erizos difícilmente
el sexo bivalvo, la gloria de la calle
Plocia en cueros,
hacen el amor en los muelles del tiempo
y las huellas que dejan en los vasos
pintaran también en el antebrazo izquierdo,
las persianas bajan a desayunar
harina de garbanzo y al llegar el sol,
como una cuchara de mar recogen
el tabaco y la saliva,
que la dama del mascarón de proa espera
y es celosa de las estirpes y las tijeras.*

*Nadie conoce las pistas de cuándo
ni de quién regresa.
Al puerto llega el adiós de la puta más fiel
y las gaviotas.
Se alejan los barcos tan sólo engañosamente
lentos.
Desde la falda de las murallas lo último que se
les ve
son las manos.*



*Tomar el sitio y la vida, salvar
de la tempestad tus ojos más o menos verdes,
pensar a menudo en ti, en las posibilidades
insignificantes con que se mide la estatura
del hombre. Descubrir el lugar de tus manías,
incluidas las persecutorias, el incontable
abrigo de tus brazos en cada invierno,
a ellos les debo seguir en pie, en el deseo
desbordado de poner del revés tus recuerdos.
Nunca sé bien dónde encontrarte, cuánto
debo desear la luz oscura de tu vientre,
o cómo hacer por ti, batirme en duelo
a la luz de las velas. Descifrar cómo
tiembles en torno a la correspondencia
que hila con calibre de nada tus miradas
a las mías. Llegar si es posible
a la última cláusula seguro de que
sólo hay olvido cuando desocupamos
mutuamente la casa y los cuerpos.*